



Portada: Albañiles, grabado de Eduardo Kingman

ÍCONOS

REVISTA DE FLACSO - ECUADOR

Nº 6. - Enero, 1999

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRIÓN

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIÁN MANTILLA BACA

CONSEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRIÓN
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria
Teléfonos: 232-029
232-030 / 232-031 / 232-032
Fax: 566-139
E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

ACTUALIDAD

De la caridad al bono solidario
EDUARDO KINGMAN 3

Indisciplina y deslealtad en el Congreso
ANDRES MEJIA 13

Los dilemas de la diferencia
GIOCONDA HERRERA 22

HISTORIA Y CONFLICTO



¿La historia de límites o los límites de la historia?
ALICIA TORRES 29

La paz: una rectificación de equívocos
CARLOS VITERI 36

COMUNICACION Y CIUDADANIA

Ciudad, espacio público y comunicación
DORTE WOLLRAD 46

Ciudadanía: una cuestión de mediaciones
MARENA BRIONES 54

DIALOGOS



El Perú de Fujimori: entrevista a David Scott Pallmer
FELIPE BURBANO 61

FRONTERAS

Vuelve la crisis económica y de paradigmas
LUIS FIERRO 70

Los contrastes de Amartya Sen
MARK SAINT-UPERY 79

Pinochet: Más temprano que tarde
ANIBAL QUIJANO 92

ENSAYO



Fragmentos, rupturas, traiciones
JAVIER PONCE C. 101

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas:
- Ciudadanía multicultural
- Emancipación y diferencia
- Creer que se cree
- Los fines de la historia
- La sociedad sin hombres
- Socialismo para escépticos
111

¿LA HISTORIA DE LIMITES O LOS LIMITES DE LA HISTORIA?

La firma del acuerdo de paz entre Ecuador y Perú ha generado un inusitado debate sobre la historia del Ecuador. Este artículo intenta ofrecer algunos elementos de reflexión sobre el tema

Por Alicia Torres
FLACSO-Ecuador

El 26 de octubre de 1998, los presidentes de Ecuador, Jamil Mahuad, y de Perú, Alberto Fujimori, firmaron un Acuerdo de Paz entre los dos países, que pone fin a 56 años de beligerancia y conflictos posteriores a la firma del Protocolo de Río de Janeiro en 1942.

Las opiniones, análisis, calificativos con respecto a este “hecho histórico” cubren una amplia gama de tonalidades, que van desde señalar sus ilimitadas ventajas, hasta aquellas que lo miran con cierto escepticismo y desconfian-

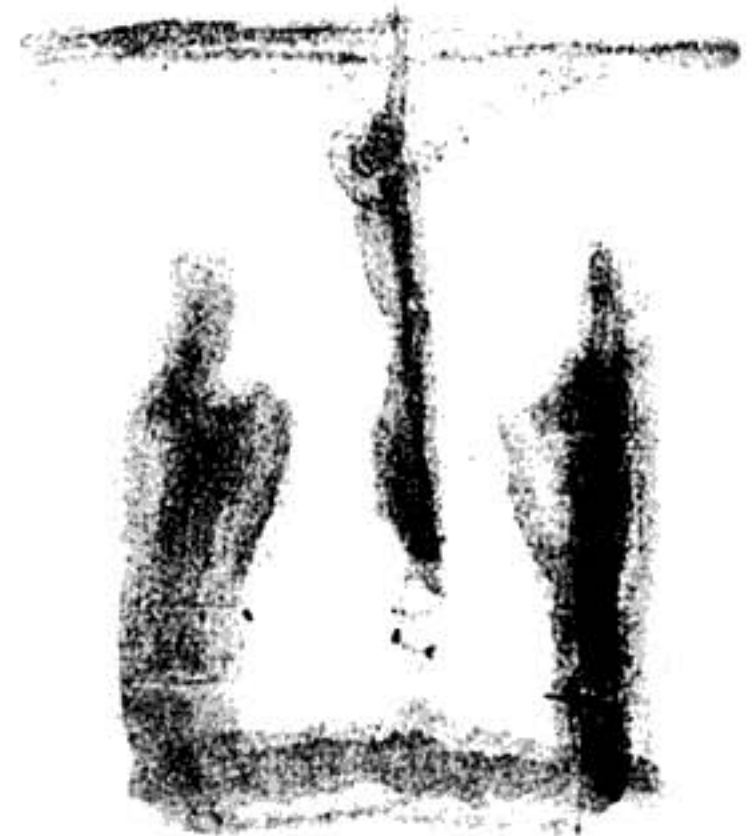
za. Sin embargo, más allá de estos ejercicios de predicción sobre los efectos positivos o negativos, la firma del acuerdo ha despertado un inusitado debate sobre la historia del Ecuador. Expresiones como “nos han mentado siempre”, “la historia ecuatoriana está plagada de mitos”, “es necesario reescribir la historia”, “construir una nueva historia”, “escribir la historia verdadera”, han sido recurrentes en los días posteriores a la firma del acuerdo, a tal punto que el Ministro de Educación formó un grupo de historiadores y geógrafos para que realice una revisión de los textos de Historia

y los mapas del Ecuador.

Este artículo intenta ofrecer algunos elementos de reflexión sobre este tema: ¿Es la historia ecuatoriana una historia de mitos y mentiras?

La historia como metáfora del pasado

Dening (1988) define la Historia como una metáfora del pasado y una metonimia de presente. Según el Diccionario



de la Real Academia de la Lengua Española (1972), metáfora, en retórica, significa "tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita; alegoría en que unas palabras se toman en sentido recto y otras en sentido figurado". Metonimia, por su parte, significa "tropo que consiste en designar una cosa con el nombre de otra tomando el efecto por la causa o viceversa"; el autor por sus obras, el signo por la cosa significada, v.gr. las canas por la vejez, el laurel por la gloria.

Afirmar que la Historia es una metáfora del pasado y una metonimia del presente supone una concepción que redefine la noción común que la identifica con el pasado en sí mismo, que la asume como la descripción de lo que "realmente pasó", por una noción de historia que incluye "todas las formas en que [se codifica] el pasado de manera simbólica para construir un presente" (Dening 1988:2); que, por tanto, implica el contexto de quien escribe (escribió) y de quien lee la historia. Una noción de historia que se refiere a un pasado textualizado para el que se posee una "poética cultural" (1988:2); indagar en esta "poética" es encontrar la interpretación.

Pero no se trata únicamente de hacer de la historia una teoría interpretativa, sino también de hacer una antropología de la historia que, de acuerdo a Dening, es hacer historia de la gente

haciendo historia, porque los personajes viven a través y en las historias moldeadas; la vida social y cultural es un teatro en el que se despliega el personaje, así como un pasado significativo (1988:100). Por tanto, de lo que se trata es de hacer una "arqueología" de la construcción de la historia.

Ahora bien, ¿cómo realizar esta arqueología? En primer lugar, es necesario establecer la diferencia entre historia y memoria. La historia maneja una memoria legítima y legitimada por las relaciones de poder, y la memoria maneja unas historias también legítimas y legitimadas por las relaciones de poder. Lo que quiere decir que la historia oficial maneja una memoria oficial que se legitima por las relaciones de poder que permiten validar una interpretación como la única lectura posible sobre un suceso; mientras que la memoria maneja historias individuales y personales que se legitiman por esas mismas relaciones de poder por el otro extremo, y que no permiten la oficialización de la diversidad de interpretaciones posibles.

La memoria puede ser antihis-

tórica pero no ahistórica; es anti-histórica en la recuperación de las historias frente a una historia única y sobre todo frente a una interpretación única; pero no es ahistórica, la memoria no niega el juego entrelazado entre el espacio, el tiempo y la interpretación que se construye de un allá, desde un aquí.

La historia como acto cultural

A pesar de esta diferencia importante entre memoria e historia, que refiere a la política de la interpretación, es necesario tomar en cuenta que la expresión del pasado tanto en la memoria como en la historia es una "expresión moldeada", puesto que "hacer historia" es un acto cultural constante que al expresar el pasado construye relaciones sociales, estructuras sociales, establece límites de clase, de sexo, de edad, de roles (Dening 1988:2); es decir, es un acto mediante el cual se construye identidad; porque "hacer historia" es transformar de manera selectiva los eventos en formas públicas de narrativas cul-



turales que moldean la expresión para permitir que lo actual haga sentido sobre el ayer (1988:6); por tanto, la construcción de identidad no puede ser entendida como el desarrollo de una esencia

mas de archivo; y, efectivamente, está allí también, pero no únicamente. La historia se refiere a las diferentes formas de textualizar el pasado que están contenidas en variadas maneras: en los diarios personales, en los testimonios de viajeros, en las monografías históricas, en los chismes, en la historia académica, etc. Sin embargo, cada una de estas formas de textualizar el pasado supone una interpretación cultural determinada y sistemática permitida por un sentido común sobre los significados que estas expresiones tienen. Por tanto, la lectura de un texto histórico académico supone una interpretación distinta a la que se da sobre un 'texto vulgar', pero tanto los unos como los otros son textos abiertos (Dening 1988:6-7).

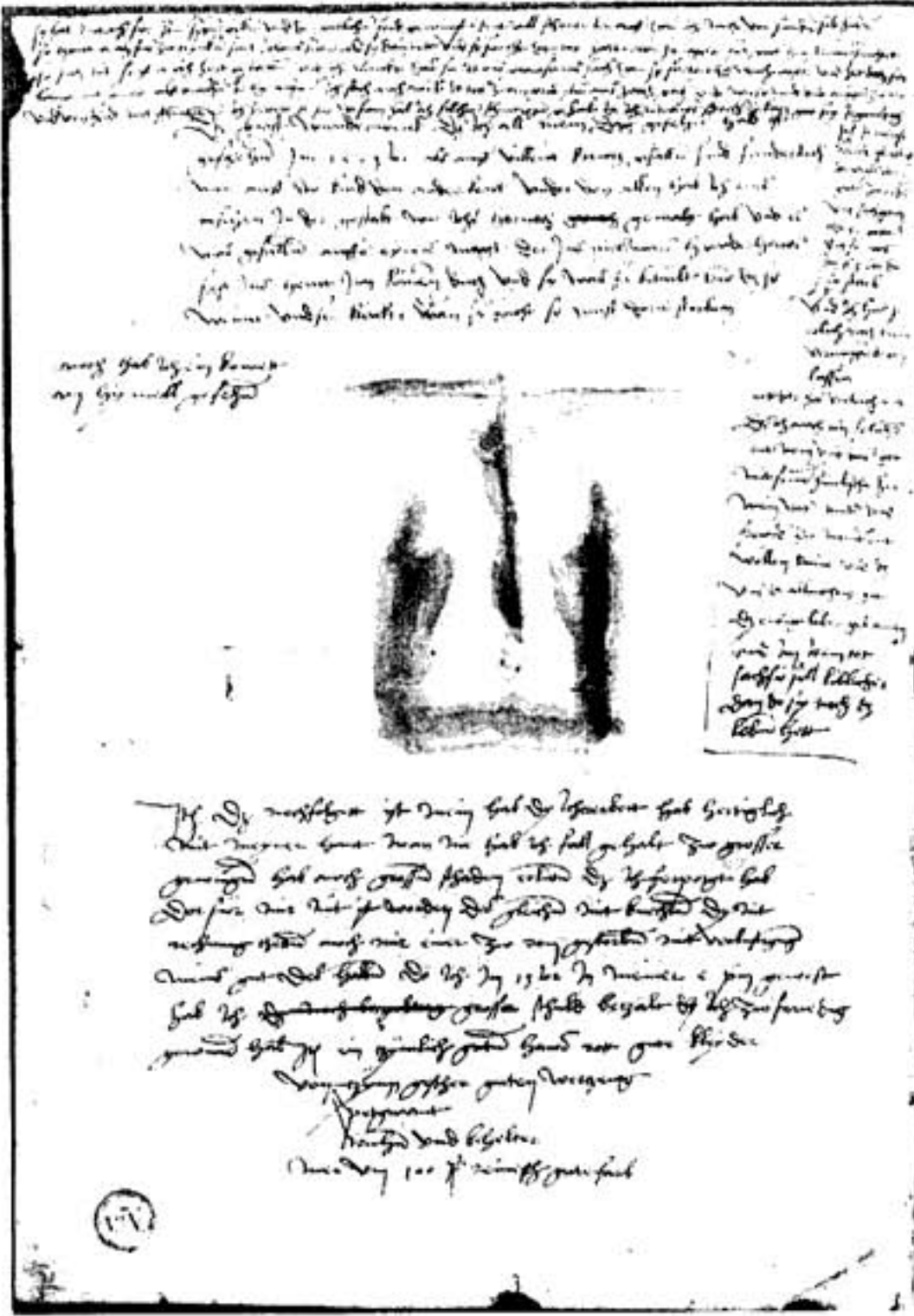
El siguiente elemento a indagar en la arqueología de la historia es analizar la diferencia entre lo que "verdaderamente pasó" y lo que "realmente pasó" (Dening 1988). Al incorporar los distintos pasados textualizados que se desplazan desde la historia oficial hasta la memoria colectiva, la "historia real" pierde sus perfiles, pues cada personaje performa una historia distinta y un efecto distinto de esa historia. Reconstruir lo que "verdaderamente pasó" es hacer la historia de todas estas voces; reconstruir lo que "realmente pasó" es, primero, dejar fuera la multivocidad de los textos, y segundo, es pretender crear una sola lectura o interpretación válida sobre los "hechos históricos", considerándolos co-

mo tales y no como textos que son abiertos a la posibilidad de varias lecturas. La historia es una reconstitución permanente de significados que se hace desde un presente, por ello, describir lo que "realmente pasó" es construir una historia no para establecer lo que realmente pasó, sino aquello que se inventa desde un presente que "otreriza" tanto al espacio, como al tiempo.

¿Y la oralidad?

Esta arqueología ha interrogado al pasado textualizado, pero ¿qué ocurre con la oralidad? Esta pregunta permite abrir la discusión sobre la posibilidad de realizar una etnografía de la historia. Al hablar de un "pasado textualizado" no se hace referencia únicamente a un pasado escrito, sino que hace referencia a todas las formas de inscripción, que pueden ser escritas, aprendidas por una memoria social, guardadas en las formas de los espacios y en el cuerpo.

Para explicar cómo funciona el cuerpo como texto o como memoria, utilizo las propuestas de Connerton (1989) y Stoller (1994). Connerton parte de una distinción entre dos tipos fundamentales de prácticas sociales: las prácticas incorporativas (1989:72), que son aquellas prácticas que se realizan a partir de un cuerpo presente, sean estas acciones intencionales o no-intencionales. Un ejemplo de estas prácticas son la gama de posturas, de gestos que denotan una



única y siempre semejante a sí misma, sino en términos de una confrontación permanente entre el presente y el pasado, donde el presente transforma el pasado y aplica los principios de una poética cultural.

La incorporación de la memoria en la construcción de la historia abre, además, otro espacio de análisis: la variedad de historias sobre la Historia. Tradicionalmente se ha considerado que la Historia está condensada en los libros de historia, en los trabajos académicos, tal vez en los archivos institucionales y demás for-



coreografía de la autoridad. Estas gamas de posturas performativas culturalmente específicas son las que brindan el poder mnemotécnico al cuerpo. Y las prácticas inscriptivas (1989:73) que son las formas de guardar información, las enciclopedias, los índices, las fotografías, las computadoras, diskettes, cassettes, todos aquellos elementos que guardan información sin necesidad de la presencia de quien brinda la información. Preferentemente es una práctica intencional. Un ejemplo de estas prácticas es el alfabeto, que se debe a la transferencia sistemática de las propiedades temporales de la voz humana a las propiedades espaciales de las marcas inscriptas; esto es, a rasgos replicables de su forma, de su posición, de su distancia, orden y disposición lineal. Estos rasgos replicables no contienen un significado intrínseco en sí mismo y por esta condición han sido transformados en dispositivos mnemotécnicos mecánicos (Connerton 1989:75).

Sin embargo, esta distinción entre prácticas incorporativas y prácticas inscriptivas debe ser tomada como un dispositivo heurístico, puesto que muchas prácticas de inscripción contienen elementos de incorporación y en muchos casos es inconcebible una práctica de inscripción sin un elemento de incorporación (Connerton 1989:78).

Pero, ¿cómo estas prácticas sociales son incorporadas? Por un proceso que Connerton denomina de naturalización o de natu-

ralidad. Identifica dos tipos de naturalidad, la "naturalidad natural" y la "naturalidad forzada". La primera es percibida como natural por su casualidad espontánea y un despliegue uniforme de las ejecuciones; la naturalidad percibida como forzada es aquella donde es obvia la presencia de notas falsas, signos de una manera de comportamiento considerado como legítimo, es un comportamiento que refleja un código cultural reconocido antes que conocido (1994:88).

Los hábitos son aquellos que borrarán la diferencia entre naturalidad natural y naturalidad forzada; los hábitos son algo más que habilidades técnicas que existen por fuera de nuestros gustos o disgustos y que no poseen ninguna cualidad de urgencia o impulso o que carecen de una disposición afectiva. Los hábitos son disposiciones afectivas: una disposición formada a través de la frecuente repetición de un número específico de actos que forman parte fundamental e íntima de nosotros mismos y que tienen poder por ser esa parte fundamental e íntima de nosotros. Más que una disposición, el hábito es una forma de referirse a esa clase de actividad en que un número de rasgos son recolectados conjuntamente para formar una práctica; el hábito evoca operatividad, ejercicio en el sentido del efecto reforzante de los actos repetidos y que disminuye la atención consciente con la que nuestros actos son ejecutados. En otras palabras, el hábito es la naturalización de los actos, la in-

corporación de la práctica. Por ello, el cuerpo se convierte en una memoria habitual (Connerton 1989:88-94).

Para Connerton, las prácticas incorporativas no han sido tomadas en cuenta por la hermenéutica debido a un rasgo definitorio de estas prácticas: estas prácticas no serán totalmente adquiridas sin una disminución de la atención consciente brindada a ellas.

Este rasgo particular de las prácticas incorporativas, las convierte en un sistema particularmente efectivo de mnemotécnica,



puesto que los valores y las categorías que un grupo quiera conservar serán asegurados a través de los automatismos culturales, a través de la memoria habitual sedimentada en el cuerpo (1989:101-104).

El cuerpo como depositario de memorias culturales

Para Stoller (1994), la consideración del cuerpo como un depositario de memorias culturales es también muy importante; sin embargo, propone la necesidad de considerar el cuerpo no solamente como una fuente de inscripción, sino también como un texto. El considerar la incorporación significa para Stoller permitirse el análisis de la contra-memoria, la memoria de los marginales que depositan su memoria en cuentos, objetos y cuerpos antes que en textos (1994:639).

Por tanto, la oralidad también puede ser leída como un texto que tiene las mismas características sociales de un texto escrito; es decir, que está atravesada también por unas relaciones de poder, tal y como se condensan en la escritura, pues las relaciones de poder no son exclusivas de una u otra forma de expresión. La escritura y la oralidad cambian de



acuerdo a quien cuenta la historia, no es una historia, es si una historia relacional matizada por los diferentes actores y por las distintas formas que adoptan las relaciones de poder.

Así, la etnografía de la historia incorpora como fuentes a las distintas "reliquias", como expresiones de lo ocurrido, cifrado en algún mensaje y codificado en sus formas simbólicas; estas reliquias de lo ocurrido, son siempre interpretación de lo ocurrido, nunca lo ocurrido en sí mismo.

El archivo

Y finalmente, la arqueología analiza también un elemento im-

portante en el hacer historia: el archivo. Parecería ser que el archivo es aquel espacio objetivo y neutro donde se guardan esas 'reliquias' anotadas anteriormente. Sin embargo, así como hemos anotado una "poética cultural" para la lectura del pasado textualizado, existe también una poética para la conservación de ese pasado. La forma y lugar de conservación retextualiza e influye en la lectura de ese pasado (Denning 1988:27).

Desde esta mirada arqueológica y etnográfica de la historia, se puede responder, entonces, a la pregunta planteada al inicio, ¿Es la historia ecuatoriana una historia de mitos y mentiras? Desde la perspectiva de una historia que pretende reconstruir lo que "realmente pasó" seguramente que la respuesta es si; pero desde la perspectiva de una historia que "cuenta" lo que "verdaderamente pasó", la respuesta es no porque esos "mitos y mentiras" se construyeron desde un presente que intentaba crear sentido sobre un pasado; ahora ese "presente" es un pasado sobre el que se intenta crear sentido desde un nuevo



presente. Por tanto, de lo que se trata no es de "reconstruir" el pasado, sino de evidenciar que para las diferentes ocasiones en que se usa la historia, se tiene un sentido diferente de ella y porque se la usa de maneras muy diferentes no es posible dar lugar al dominio de una sola forma de uso. Esas maneras distintas de usar la historia es lo que es la historia.

Solamente al utilizar esta

perspectiva de la historia es posible comprender como ciertos personajes y hechos históricos "cambian" de acuerdo al tiempo, como se "satanizó" a un personaje como Arroyo del Río frente a su reivindicación actual; o como comprender el recorrido del Diario Hoy, desde la Epopeya del Cenepa a la Paz sin condiciones. ¿Cambiaron los hechos históricos, o cambió el presente desde

donde se leen esos "hechos"? Y esto es justamente lo que pretende "deconstruir" una etnografía de la historia, no lo fáctico, sino las formas cómo se interpreta el pasado.

¿El Acuerdo de Paz con el Perú no ha significado claramente que la historia es una metáfora del pasado y una metonimia del presente?

Bibliografía

- Connerton, Paul, How Societies Remember. Cambridge: Cambridge University Press, 1989
- Denning, Greg, History's Anthropology: The

Death of William Gooch. Lanham/New York/London: University Press of America, 1988

- Stoller, Paul, "Embodying Colonial Memories". American Anthropologist (96:3), 1994, pp.634-648.